

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias.	
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Historia natural.—El Arrepentimiento (poesía)—Los parásitos.—El roble y el rosal (fábula).—Leyendas moriscas: la predicción (conclusion).—Una madre! (poesía)—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (continuación).—Modas.—Explicación del figurín.—Advertencia.

HISTORIA NATURAL.

VARIEDADES EN LA ESPECIE HUMANA.

La primera y mas notable variedad que se nota en la especie humana es la del color; la segunda la de la forma y estatura, y la tercera la de la índole y natural de los diferentes pueblos. Podríamos escribir un extenso tratado sobre cada uno de estos objetos; pero nos limitaremos, como lo hemos hecho en los anteriores números, á dar una ligera y sucinta idea de lo mas cierto y averiguado en esta materia.

LAPONES.

Al recorrer con este objeto la superficie de la tierra, empezaremos por el Norte.

Allí se encuentra la Laponia, y sobre las costa setentrionales de la Tartaria, una raza de hombres de una estatura tan pequeña, de una figura tan extraña, como salvajes son sus costumbres. Estos hombres, que parecen haber degenerado de la especie humana, ocupan dilatadísimas regiones. Lapones, daneses, suecos, moscovitas é independientes, los zamblienos, borandienos, samoyedos, tártaros setentrionales, groenlandeses y los salvajes al Norte de los equinoxiales, parecen ser de la misma raza, que se ha extendido y multiplicado en la longitud de las costas de los mares setentrionales, en los desiertos y bajo un clima inhabitable para las demas naciones. Todos estos pueblos tienen la cara ancha, aplastada, nariz roma y chata, ojos amarillentos, color moreno con inclinación á negro, párpados retorcidos hácia las sienes, mejillas salientes, la boca muy grande y con labios gruesos y muy arrugados, barba estrecha, cabeza gorda y cabellos negros y crespos. Son muy pequeños y rechonchos, aunque delgados. La mayor parte apenas tienen cuatro pies de altura, y los mas aventajados no llegan nunca á mas de cuatro y medio. Esta raza es, como se ve, muy diferente de las demas. En todos estos pueblos las mujeres son tan

feas como los hombres, y en extremo parecidas á ellos.

No solo se semejan estos pueblos por su deformidad, sino tambien por sus inclinaciones y costumbres. Son todos igualmente groseros, supersticiosos y estúpidos.

Los lapones-daneses tienen un gran gato negro al que confían todos sus secretos, al que consultan en todos sus negocios, reducidos á si han de ir á cazar ó pescar. En los lapones-suecos hay la supersticion de consultar al diablo, y, aunque sean robustos y muy corredores, son tan tímidos, que jamás se les ha podido hacer ir á la guerra. Parece que no pueden vivir sino á su modo y en su pais. Para correr sobre la nieve y el hielo se valen de patines de madera de dos varas de largo y un pie y medio de ancho, corriendo con ellos con tal velocidad, que alcanzan en la carrera á los animales mas ágiles y ligeros. En la mano llevan un gran garrote guarnecido con puntas de hierro por un lado y redondo por el otro, del que se sirven para ponerse en movimiento, dirigir su rumbo, sostenerse, detenerse, y tambien herir á los animales que persiguen. Con estos patines descenden á los precipicios mas profundos y suben á las montañas mas escarpadas.

Pretenden algunos viajeros que los lapones moscovitas lanzan un dardo con tanta fuerza y tino, que á treinta pasos lo clavan en el blanco de un diámetro tan reducido como un peso duro, siendo capaces de atravesar á esta distancia á un hombre de parte á parte. El alimento de todos estos pueblos es pescados, carne de oso, y su pan es de harina de las espigas molidas de los pescados mezclada con la corteza tierna de los árboles. Su bebida consiste en aceite de ballena y agua, en la que echan en infusion unos granos de enebro. No tienen la menor idea de religion, ni del Ser Supremo; la mayor parte son idólatras, y todos supersticiosos. Mas groseros que los salvajes, no tienen valor ni respeto á ellos mismos; carecen de toda moralidad. Se bañan desnudos y juntos hombres y mujeres, madres é hijos, hermanas y hermanos, y al salir de estos baños en extremo calientes, van á arrojar á una orilla muy fria. Ofrecen á los extranjeros sus mujeres y sus hijas, teniendo á gran honor el que estos las acepten.

Esta costumbre es comun á los samoyedos, borandios y groenlandeses; costumbre que proviene sin duda de que conocen su propia deformidad y la frialdad de sus mujeres, y probablemente reputan por menos feas las que no han desdenado los extranjeros. Todos viven debajo de tierra, ó en cabañas casi sepultadas y cubiertas de cortezas de árboles y huesos de pescado. La noche, que allí dura muchos meses, les obliga á conservar luz en sus habitaciones por medio de una especie de lámparas que alumbran con el mismo aceite de ballena que les sirve de bebida. En el estío no están con mas comodidad que en el invierno, pues tienen que vivir rodeados continuamente de una densa humareda, único medio que han inventado para libertarse de las molestas picaduras de una inmensidad de mosquitos é insectos, mas abundantes en este clima glacial que en los paises cálidos. Á pesar de un modo de vivir tan triste y tan miserable, casi nunca están enfermos, y llegan á una vejez muy dilatada, presentándose entre ellos casos muy repetidos de extraordinaria longevidad.

TARTAROS.

La nacion tártara, tomada en general, ocupa paises inmensos del Asia, y se dilata por toda la estension del terreno que hay desde Rusia hasta Kamtschatka. Los tártaros tienen la parte superior del rostro muy ancha y arrugada, aunque sean jóvenes. Nariz corta y gruesa, ojos pequeños y hundidos, barba larga y avanzada, dientes largos y separados, cejas espesas que les cubren casi los ojos, la cara aplastada y el color de aceituna. Son de mediana estatura, pero de una constitucion sumamente robusta y vigorosa. La barba poco poblada, los muslos gruesos y las piernas cortas. Los mas feos de todos los tártaros son los *chauncos*, cuyo aspecto es verdaderamente horrible. Hacen una vida errante y vagabunda, viven en tiendas portátiles y se alimentan de carne cruda de caballo, camello, oso, etc., sin mas preparacion que colocarla debajo de la silla de sus caballos y manirla con el frote que origina el galope de estos. Su bebida ordinariamente es leche de yegua fermentada con harina de mijo. Su principal riqueza consiste en caballos. Continuamente se ocupan de ellos, los enseñan con tal destreza y los ejercitan de tal modo, que no parece sino que un mismo espi-

ritu dirige al caballo y al jinete, pues los caballos no solo obedecen al menor movimiento de la brida, sino que, por decirlo así, penetran hasta la intención y el pensamiento del que los monta.

EL ARREPENTIMIENTO.

—Madre, ¿qué son esas luces que brillan tanto en el cielo?

—Hija mía, de otros soles tal vez sean los reflejos; tal vez la mirada pura de los que en gracia murieron, ó quizá sean las huellas de los ángeles escelsos.

—Madre, quisiera ser ángel para admirar todo eso.

—Si de Dios clemente y justo acatases los decretos, pasará tu alma inocente á ser ángel en el cielo.

—¿Por qué dicen que en el mundo padecen siempre los buenos?

—Porque este mundo, hija mía, es un valle de destierro, y siempre padece aquel que está de su patria lejos.

—¿Y por qué los malos gozan?

—Mas venturas que los buenos!

—Niña! La paz huye siempre de sus agitados pechos, y vela sobre su frente del negro remordimiento.

—Infelices! ¿Y es verdad que les aguarda el infierno?

—Nadie puede asegurar que aquel no entrará en los cielos, y que los que se llaman los últimos, á veces son los primeros,

como lo enseña Jesús en el divino Evangelio.

Junto al lecho del culpable, velando siempre su sueño, hay un ángel que señala la vía que lleva al cielo, y ese ángel, de Dios amado, se llama *Arrepentimiento*.

EMILIA M. DE REAL.

LOS PARASITOS.

Vivir sobre el país, gozar de *bobilis bobilis*, holgazanear, derróchar, figurar, tener comodidades sin arrimar el hombro, pasar alegremente la vida á costa del sudor ajeno y de la buena fe de los tontos; hé aquí, lector amigo, la misión eterna del parasitismo, industria antigua en el mundo, que se perpetúa á través del tiempo y del espacio.

El parasitismo nació al pie de la cuna de la humanidad, y morirá con ella. Es una plaga permanente; siempre está en boga.

Vive de las desgracias y de las felicidades ajenas; se alimenta de lo bueno y de lo malo; todo se lo asimila; tiene un volcán por estómago.

Exento de cargas y gabelas, se ejerce libremente en las calles, en las plazas, en los salones, hasta en las tabernas; existe en todas las esferas y en todos los limbos sociales; tiene sus representantes en todas las clases y en todas las gerarquías; habita en el gran mundo y viste los harapos de la miseria; por último, lleva en su frente dos signos característicos, que le dan á conocer: la ausencia del miedo y la de la vergüenza.

Considerado el parasitismo por lo serio, ofrece á todas luces un resultado abominable de perfidia y malicia que se resiste al pudor humano y á todas las conveniencias de la moral: es avieso, deforme, ruin, depravado, ponzoñoso; es una figura abyecta que participa de la hediondez del gusano y de la voracidad del dragón; hace de un hombre una sanguiuela, y de una sanguiuela un hombre. Considerado bajo el aspecto cómico, tiene algo de grotesco que divier-

te, aunque sea á costa del escándalo. Hay en la vida del petardo y de la estafa peripecias de un efecto portentoso, rasgos de ingenio que harían honor al mas afamado dramaturgo, detalles de histrionismo que asombrarían á nuestras eminencias del arte de la carátula: la diplomacia del parásito reclama una gran dosis de talento; su trapacería no se puede ejercer sin alguna de las cualidades del genio, y su impavidez no se alcanza sino á costa de un estudio profundo.

El trascurso de los siglos multiplica admirablemente su importancia: razon mas para aprender á conocerle.

Entiendo por parásitos, lector amigo, aquellos animales que se adhieren á otros y se nutren de su sustancia: el Diccionario fitológico nos ha regalado el calificativo.

El parasitismo abraza numerosos órdenes, numerosas especies, numerosos géneros y numerosos números. En este artículo solo se trata de pasar revista á los de *primo cartello*, coleccion de figuras redomadas con las cuales se puede formar un museo curioso capaz de arrancar una sonrisa al carácter mas atrabiliario.

Figura en primer lugar el *parásito charlatan*, sabio de pega, orador pedestre, retórico, erudito, literato, campana vocinglera que pregon los vicios, las virtudes y las infamias, adulador de todo lo malo, buen matemático, algo insolente, con aire de perdonavidas, aficionado á los chistes de bodegon, orgulloso, descarado, insoportable: él os saca el dinero del bolsillo, y exige que le deis las gracias; os convida al café, á la fonda, al teatro, y os hace pagar; os pide el reloj ó el gaban para hacer una visita, y los empeña ó los vende; os da lecciones para falsificar una letra de cambio, y os conduce de la mano hasta la puerta de los antros del vicio, su habitual residencia.

Este, sin embargo, es de los menos temibles: su eterna charlatanería nos le da á conocer.

Sigue el *parásito bobalicon*, enteramente distinto del *charlatan*, y el mas voraz, el mas dañino de todos: se parece á la oruga, roe en silencio, con calma, hoja por hoja, hasta que el árbol queda descarnado; es humilde, sufrido, nada le incomoda, tolera vues-

tras burlas y hasta vuestros insultos; siempre tiene en sus labios una sonrisa alegre, bondadosa, estúpida; os hace reir con sus *patochadas*; le llamais infeliz, bonachon, tonto; se sienta *inocentemente* á vuestra mesa; se pone vuestros vestidos; mira con ojos espantados á vuestra mujer; la dice requiebros que os inspiran risa, y le dejais con ella para que la divierta.

Librete Dios, lector, de esta clase de petardistas.

Al parásito *bobalicon* sigue el *romántico*, especie de cocodrilo que caza llorando. Este siembra lágrimas para coger ochavos; es profesor en el arte de suspirar; cuenta historias sentimentales, en las que aparece víctima de todo lo nefasto; explota la credulidad de los hombres sencillos, como esos mendigos que ponen el grito en el cielo para sacar limosna. *Vade retrò*, lector. Este caiman es de lo mas rematado de la especie.

Aparece en cuarto lugar el *parásito demandadero*. Este acepta toda clase de comisiones que puedan desempeñarse sin trabajo, aun cuando no con honradez: desempeña admirablemente el papel de *corre-y-dile*. Sin embargo, es el mas inocentón de la especie; come á vuestra costa; pero os sirve.

Hay otra infinidad de parásitos: no acabaria nunca, si pasase revista á todos ellos.

Los hay que viven de felicitaciones, de enhoras buenas y de pésames. Los hay que viven á espensas de todas las traiciones, de todas las intrigas, de todas las falsedades y de todas las estafas. Es parásito el editor que roe el meollo al autor; el autor que, sin merecer tal nombre, se mete á genio y se come al público por un costado; el médico que vive matando; el abogado que se levanta sobre las ruinas de otros; el político turrónero; el prestamista que se convierte en vampiro; el juglar que hace suertes en las plazuelas; el farmacéutico que vende á peso de oro el *óxido hídrico*; el criado que sisa; el tabernero que bautiza el vino; el fondista que espense gato por liebre; en una palabra, son parásitos, como atras se ha dicho, todos los animales que se nutren á espensas de otro, empleando la astucia ó el ingenio; y pues abundan tanto, pues se hallan en todas partes donde no hacen falta, suelto aburrido la péñola, de claro que es tarea imposible describirlos, juro en Dios

y en mi ánimo hacerles siempre la cruz, como al diablo, y me despido de ti, lector amigo, encargándote que, si tienes la desgracia de verte en la cruel alternativa de caer en las garras de una suegra ó de un parásito, prefieras la suegra. *Vale.* —

DEMETRIO DE LA ERANUEVA.

EL ROBLE Y EL ROSAL.

FÁBULA.

Dedicada á dos niños gemelos, Nicolás y Fernanda Navarro de Chapuy.

Al pie de un roble gigante,
en cuyos robustos brazos

el huracán poderoso

se estrella fiero silbando,

asomó un verde rosal

su débil y fresco tallo.

El cierzo le arrancaría

del roble sin el amparo,

y sin su sombra de cierto

le agostaría el verano.

Pero siguió protegido,

cada día mas lozano,

estendiendo sus raíces

y sus ramas ensanchando,

hasta que llegó el momento

de ostentar al sopro blando

de las auras cariñosas,

sujetos á un mismo ramo,

dos primorosos capullos

que de su seno brotaron.

Tiñolos la primavera

con sus colores mas caros,

y los frescos cefirillos

acudieron á besarlos.

Pero ¡ay! llegó un día triste

en que el destino inhumano

hizo estallar la tormenta,

lanzó de su seno un rayo

que hundiendo el altivo roble

dejó al rosal sin amparo.

Mas este, aunque desvalido,

no dió al desaliento paso,

y paró que á sus capullos

no hicieran los vientos daño,

ni el calor los agostara,

recogió sus hojas tanto,

que los formó una cubierta

sus ramas entrelazando,

que á falta del fuerte roble

les sirviera de resguardo.

Y allí siguieron creciendo

los capullos tan lozanos,

que al fin, trocados en flores,

fueron envidia del campo,

con sus pintadas corolas

y su perfume balsámico.

Los dos hermosos capullos

sois, Fernanda y Nicolás,

vuestra cariñosa madre

el débil, fresco rosal,

y el roble fuerte y altivo

vuestro querido papá.

El rayo que hendió su tronco,

la muerte, que sin piedad,

apenas la luz mirásteis,

vino su vida á segar.

Y el refugio que solícito

hizo contra el huracán,

entrelazando sus ramas

y sus hojas el rosal,

es el inmenso cariño

que os tiene vuestra mamá.

JULIAN CASTELLANOS.

LEYENDAS MORISCAS.

LA PREDICCIÓN.

(Conclusion) (1).

—¡La corona! ¡la corona dice! ¡Oh! ¡imposible! ¡im-

(1) Véase el número anterior.

posible! ¡El pueblo aclama á Jusef! ¡Á ese farsario, á ese hipócrita, por mi mal hermano mio!

Él ha engañado las razas: él ha seducido al vulgo: él lleva el nombre de bueno, de caballero, de leal, de esforzado, y yo... y yo... ¡oh desesperación! ¡Oh sacrilegio! á mí me dan el nombre de impío, de cobarde, de tirano; de mal hijo.

Mientras mi padre, sentado en sus regios almohadones, acaricia á Jusef, á Ali y Ahmad, hijos todos de una madre, yo me escondo en mi solitaria alcoba, y sentado en un rincón lloro de rabia y despecho. Otras veces afilo la gümia, abrillanto el alfange, y hago punzantes flechas, esperando la venganza.

—¡Cercana la tienes, príncipe!

—¡Estás seguro del éxito?

—¡Cortas mañana mi cabeza si no eres Rey, gran señor!

—¡Ay de ti si no sucediese!

—¡Que Alá confunda mi raza, que un odioso can destroce el hermoso seno de mi hija, que me devore un chacal, y que se hunda el mundo sobre la raza morisca si tú no eres Rey mañana!

¡Los barrios de la ciudad se encuentran asegurados! Allí están armados de todas armas multitud de valientes á quienes he hecho creer lo que tú me has dicho.

Ya saben que tu padre quebranta los dogmas. Que hunde el islamismo, y hay mil picas y espadas dispuestas á defender sus derechos y á hacerle abdicar el trono. ¡Ay de él si se niega á obedecer al pueblo!

—Mi padre no debe morir. Yo no quiero que muera. Que huya al África con sus mujeres y sus esclavos.

Solo Jusef, Jusef, que es el ídolo del pueblo.

—¡Morirá, no lo dudes! ¡Desgraciados también Ali y Ahmad si quieren defender á su hermano!

—¡Ve lo que haces, Alfaki temerario; pues no te han de valer las arrugas que sombrean tu frente, ni la blanca barba que descansa en tu pecho, si llegas á ser traidor, si faltas á tus promesas.

Escúchame, jefe de las turbas. Si logras tu intento, vivirás en mi palacio y serás mi consejero.

Tú tienes una hija hermosa, hermosa como ninguna, mas bella que las primeras gotas de rocío que vierte la aurora, mas galana que una rosa que se

mece en el pensil, y mas pura y mas gallarda que las blancas azucenas de mi palacio oriental. Pues bien; si llego á ser Rey, ella será la Sultana; ¡ella será Reina mía!

—¿Cuándo la has visto, señor?

—Mohamad conoce las bellas cual jardinero sus flores. Mohamad ama con locura. Mohamad vió á tu hija en las justas de Wibarambla, hermosa como la estrella que al caminante sonríe.

Desde entonces busco galas con que adornar su hermosura. Desde entonces miro los corales y las piedras de valor con el ansia del judío, con el afán del avaro; porque han de adornar su turgente seno y su garganta de cisne.

Ella llevará el bordado manto de las Reinas de Andalucía. Ella se pondrá un turbante con perlas y brillantes de tal valor, que todos los Reyes cristianos ansiarán para sus Reinas.

Ella tendrá riquezas infinitas, y caballos como águilas, con gualdrapas de oro y seda; y lucirá en los torneos los trajes de mas valor.

Y mandará las esclavas al compás de sus chinelas.

Y los eunucos y cantores se postrarán á sus pies y entonarán melodías.

Y las damas de mi harem bailarán por divertirla.

Y matará por capricho aquellos que aborreciere.

Y si las aves le gustan, aves tendrá de países donde apenas llega el hombre.

Y si oír quiere las fieras, vendrán osos y leones, tigres, panteras y cuantos feroces animales encierra la creación, á rugir en las jaulas de su encantado retiro.

Y si aun le parece poco, yo haré cautivar altivas castellanas, de esas que al amar á un hombre juzgan que le hacen esclavo; de esas que con su altanería insolente quieren ser reinas y señoras del corazón que las ama, y las pondré ante sus pies, y humillaré su insolencia, é inclinarán la cerviz ante la bella Sultana.

Y si á ello se resistieren, irán á Torres Bermejas llenas de grillos y esposas.

Y allí mi Sara querida les llevará pan y agua, y

verá la altanería de esas damas orgullosas mas humilde y abatida que las alfombras donde imprime su pie blanco y diminuto.

—¡Basta! ¡basta, señor! La hermosura de mi Sara no merece tanta dicha.

—Tu hija es la diosa de todos los festines.

Tu hija es la codiciada de los emires y señores; pero si tú vences, solo será del Rey de Granada; mas... escúchame; si yerras el golpe, si se frustra tu intento, morirá contigo. ¡Lo oyes? ¡Morirá!

—Descuida, príncipe ilustre, que mañana serás Rey.

Por las anteriores palabras se puede comprender el carácter malvado de Mohamad.

Él calumniaba á su padre; él infamaba á Jusef, el hijo modelo, el verdadero príncipe, el legítimo heredero de la corona, el que amaba el pueblo con una ciega locura, el digno sucesor de Abu-Abdalá, dulce como su padre, confiado, bondadoso, amante de su pueblo, valiente en el combate, piadoso con el vencido, justiciero y humano, clemente y leal.

El mejor de los Reyes moros que gobernaron á Granada.

Mohamad, odiado desde su niñez por su perverso carácter, buscaba las ocasiones de saciar su ira y verter en aquellos corazones sin hiel la que al suyo le sobraba.

Amaba por orgullo á Sara como habia amado á Zulema; pero si cualquiera de las mujeres que preferia hubiese estorbado á sus miras, se hubiera separado friamente de sus brazos y la hubiera hecho degollar en su presencia, resonando todavía en la estancia las palabras de amor que se decian minutos antes.

Sara era ahora su belleza preferida. ¿Qué importancia que Zulema muriese de dolor?

—¡Adios, padre de mi Reina! dijo al Alfakí estrechándole entre sus brazos.

—¡Adios, Rey feliz y grande!

—Di á tu hija que es mas hermosa que esa aurora que empezará á asomarse pronto por estos espesos árboles.

Aun se detuvieron algun tiempo los dos moriscos hablando de su porvenir dichoso.

Entre tanto Zulema, devorada por los celos, loca,

frenética, corrió por aquellos bosques hasta llegar á su casa.

Trepó por el árbol que de escalera le servia, y poniéndose un blanco albornoz, con franjas doradas y verdes, cubrió sus hombros desnudos y helados con el frio de la noche.

En seguida arrancó el rico turbante de sus cabellos, porque se sentia loca, y le parecia que su locura estaba encerrada en aquel adorno.

Sacudió la cabeza á ambos lados como el que desea separar de su frente algo que le mata, y cogiendo una gran tea de las muchas que su hermano guardaba en un terradillo para las noches oscuras, la encendió con presteza.

Ya no se cuidó de bajar por el árbol, ni de ocultar el ruido de sus pasos. Abrió las puertas con estrépito.

La esclava se presentó medio soñolienta, y dió un grito de espanto al ver aquella fantasma que la apartó con rudeza, arrojándola contra una columna.

La infeliz empezó á dar dolorosos gritos, y Zulema siguió su marcha sin oírlos siquiera.

Los celos de una africana

no son celos, rabia son:

es una furia inhumana,

que parte su corazon

cual dura flecha tirana.

La morisca subió precipitada las cuestas que conducian al alcázar, y al llegar á los centinelas, que tras las cerradas puertas vigilaban sin cesar, empezó á dar furiosos gritos de «¡traicion! ¡traicion!... ¡Abu-Abdalá, despierta! ¡los asesinos te esperan! ¡Traicion, traicion por Granada!...»

Los atalayas oyeron los gritos y vieron aquella mujer vestida de blanco desde las almenas. Se creyeron que un sueño embargaba sus sentidos; pero al ver subir el humo de la tea que la mora blandia en caprichosos espirales, y al ver que sus gritos no cesaban, difundieron el alarma por el palacio, convencidos de la realidad.

El Rey subió á las almenas presuroso y desalentado, y todos los habitantes del alcázar se pusieron en movimiento, preparándose á la defensa.

Cuando Zulema se convenció de que nadie dor-

mia, de que estaba dado el alarma, empezó á descender por las cuevas aun con la tea encendida, pero se detuvo oyendo la voz del Rey que, asomado á una claraboya abierta en el muro, la llamaba diciéndola: —¡Genio, fantasma ó realidad! Di quién eres, di á quién buscas, y por qué has venido á turbar mi tranquilo sueño. ¡Detente y responde, aparición ó mujer! ¿Qué sucede en mi Granada? ¿Por qué me inquietas así?

—Soy el genio del Islam, respondió Zulema con voz rónica y terrible, que vengo á anunciar tu destrucción y tu ruina. Uno de tus hijos, el hijo maldito del Profeta, va á derramar la sangre de su hermano y á destronarte á ti, descuidado Rey.

Mañana estallará la rebelión, y yo vengo á anunciártela. El Dios grande me lo ha revelado, y yo en su nombre se lo revelo al dormido Rey de Granada.

—¡Traición! ¡traición! ¡traición!...

Estos fueron los gritos que se difundieron por todas partes.

Cuando la aurora dejó ver sus medias tintas, ya estaban los centinelas reforzados, y todas las torres adornadas por turbantes y medias lunas.

La morisca huyó, sin que nadie volviese á saber dónde se había escondido.

Temerosa del castigo de su hermano y la venganza de Mohamad, sin duda huiría al África, ó se acogería al pabellon cristiano.

La rebelión no pudo estallar por entonces, pero no por eso dejó de cumplirse mas tarde algo de la predicción funesta.

En cuanto al viejo Alfaki, fue asesinado una noche. Silencio seguro que compran los malvados á poca costa.

Su hermosa hija Sara buscó en el opio la muerte por no ser la dama del asesino.

ROGELIA LEON.

UNA MADRE!

EN EL ALBUM DE CONSUELO.

Duerme, niño del alma,
duerme en tu cuna,

gozando los ensueños

de un alma pura.

Duerme, hijo mío,

á tu lado yo velo,

duerme tranquilo.

Tus rizados cabellos

que el viento mece,

y tu puro semblante

de rosa y nieve

te hacen tan bello,

que pareces un ángel

del sacro cielo.

Feliz el que en el mundo

viva tranquilo,

como tú, en blando sueño,

adormecido.

Pues, ángel bello,

¿sabes lo que es la vida?

¡Un triste sueño!

CÁRLOS CANO.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del
Campillo.

(Continuación) (1).

„En mayo el cielo está puro; por eso este niño será tan puro como el cielo.

„En mayo las tórtolas, los jilgueros y todas las aves aman; por eso este niño amará un día tanto como

(1) Véase el número anterior.

las palomas, como las tórtolas y como todas las aves del bosque juntas.

«Pero ¡qué dolor!... ¡Las flores se marchitan; los arroyos se secan; el cielo se mancha de nubarrones, y las aves mueren al tiro del fiero cazador!...

—¿Qué es decir esto?... gritó la gitana levantando los ojos al cielo.

«Esto es decir que la juventud de este niño se marchitará como las flores de mayo; que se secará como los arroyos sin fuente; que se enturbiará como el cielo en día de tempestad.

«El tiempo lo dirá.

«¿Qué veo en este enigma? tornó á esclamar levantando de nuevo los ojos al cielo.

«En este enigma veo que este niño tan hermoso, que envidia de muchas madres fuera, morirá como las aves de los campos, al fuego del tiro del amor.

«Caballero que me escuchais en calma: cuando vuestro niño cumpla veinte años, acordaos de la infeliz gitana que os habla; la cigüeña que nos ha escuchado desde este árbol será testigo de las palabras que en mi boca ha puesto el espíritu invisible del viento.»

Y al decir esto desapareció ligera aquella mujer, y los gitanos huyeron detras de ella.

Aseguran que D. Nuño quedó algún tanto pensativo, y que durante aquellos días se hablaba en la aldea con misterio de semejante suceso; mas al poco tiempo nadie se acordaba ya ni de la gitana, ni de la cigüeña, ni de las palabras que en su boca habia puesto el espíritu invisible del viento.

Crecía Arturo, y crecía muy bello, cuando cumplió dos años.

Por aquella época, señor, se conservaba intacto el castillo de Peroniel, que sin duda alguna es un castillo de romanos. Este castillo estaba solo, desalquilado, y sin que nadie se cuidara de él sino el águila que criaba en sus desvanes, ó la paloma que arrullaba en sus almenas.

Todo seguía de este modo, cuando un día se presentó un arrogante garzon en casa del alcalde del pueblo, con un pliego del gobernador del reino, ó del mismo Rey, porque de quién era aquel pliego nunca se ha sabido con claridad, y en el cual pliego decia que al portador de él se le reconociese como señor

de aquel castillo: así se hizo, y aseguraban nuestros abuelos que aquella misma noche llegó un gran número de criados que en pocos días arreglaron el vetusto castillo, plantaron jardines en el terraplen, colgaron ricas cortinas en las ventanas, y cubrieron de tapices las habitaciones.

Los aldeanos que esto veían, y el mismo D. Nuño, con todo su saber, esperaba un gran suceso, ó la llegada de algun príncipe; pero salieron frustradas sus esperanzas, porque no llegó sino un coche que conducía á un caballero modestamente vestido, á un ama de cria y á una niña de dos meses.

La niña era Sofia, el ama se llamaba Isabel, y el caballero dijo que era tío de la niña; pero nadie lo creyó, pues todos veían mucho de extraño en semejante aparicion.

D. Nuño, como la primera persona del pueblo, y como hombre muy atento que era, pasó á ofrecer sus servicios al tío de Sofia; y el tío de Sofia le agradeció tanto á D. Nuño esta deferencia, que se unió á él por los vínculos de la amistad, en términos, que llegaron á pasar juntos todo el día.

Mucho hablaron los aldeanos al principio de la llegada de semejantes personajes; pero todo concluye en este mundo, y la curiosidad de la aldea concluyó tambien; y familiarizados mas adelante los aldeanos con los criados del castillo, acabaron por tratarlos como á paisanos suyos.

Evito decir á V., señor, que los dos niños Arturo y Sofia comenzaron á mezclar sus juegos, porque ambas nodrizas no se separaban una de otra; y aquellos niños, unidos desde la lactancia, no pudieron menos de mirarse como hermanos, á medida que la razon iba despuntando en sus infantiles espíritus.

Afirman que, á pesar de la estrecha amistad que llegó á estrechar á D. Nuño con el tío de Sofia, bien porque este nada supiera ó porque tuviese orden espresa de callarlo todo, jamás dijo una palabra de su venida á D. Nuño; y como D. Nuño le dijese un día, porque el sesgo de la conversacion lo hiciese oportuno:

—Vos marchareis pronto de Peroniel, porque la niña que escudais es, en mi juicio, un ave estrangera de rico plumaje que ha venido á esta aldea á salvarse de alguna peligrosa tempestad.

Refieren que le contestó el forastero:

—No, D. Nuño; esta niña nunca marchará de Peroniel, porque es una flor nacida en brillante jardín y arrojada por el huracán de la desgracia á esta aldea, donde, no lo dudeis, verá deshojarse su corola; jamás Sofia saldrá de Peroniel.

Semejante contestacion halagó en extremo á don Nuño, quien desde luego habia concebido el proyecto de enlazar á su hijo con Sofia.

—Pero avancemos en la narracion, prosiguió mi compañero interrumpiéndose, porque la noche avanza, y aun queda bastante que decir. Pues, señor, lo cierto es que el tiempo pasó muy suave; que Arturo y Sofia dejaron de ser niños, y al dejar de ser niños dejaron tambien, sin quererlo, sin advertirlo siquiera, la dulce ignorancia que habia velado sus corazones.

Juntos habian visto deslizarse entre las praderas del pueblo, y entre los jardines del castillo, los dias mas bellos de su vida; inocentes como las mariposas, habian corrido el uno en pos del otro por los ejidos, y ni aun en la mañana ni en la tarde se habian separado un punto sus almas puras.

Tampoco ahora se separaban; pero Arturo habia cumplido diez y nueve años, y Sofia diez y siete: acaso entonces se buscaban con mas anhelo que nunca, pero por lo menos se buscaban con disimulo.

Como siempre, se miraban los dos con cariño; mas al chocarse su mirada, ambos bajaban los ojos ruborizados; acaso acaso un suspiro se escapaba involuntario del pecho de Sofia, y otro suspiro, arrancado del corazon de Arturo, tal vez respondia al tímido suspiro de su amiga.

—¡Ay señor! exclamó mi compañero: ¿qué misterio encierran los diez y siete años en la mujer!

—El misterio insondable de la pasion, le respondí yo; entonces nace su alma, porque el alma no nace hasta que en ella despunta la pasion, porque vivir para la juventud, es amar; pero el amor en las inocentes criaturas de aldea se despliega puro como el cielo que las cobija, tímido como el jilguero que las nutre con sus cantos, suave como el ambiente que las mece con sus invisibles alas, divino como el Dios que lo inspira desde el eden: por eso se ruborizan al mirarse, por eso se estremecen, por eso tiemblan el

uno á la presencia del otro: porque el alma del hombre tiembla á la presencia de Dios.

—Es verdad, respondió mi compañero; por eso Sofia bajaba los ojos delante de Arturo; por eso Arturo temblaba delante de Sofia. Porque ha de saber V. que, desde aquella época, Sofia se puso pálida, melancólica, y aun triste, como si algo le sucediera; y Arturo tambien estaba de otro modo que aquel que de costumbre tenia; pero no por eso se veian menos; al contrario, como dos hermanos iban siempre juntos.

Por la mañana volaba Arturo á rezar con Sofia la oracion matinal, y se bajaban despues á pasear entre las flores que nacia en el terraplen del castillo. Al caer la tarde se salian juntos por estas praderas, se sentaban en esta Cruz, acaso en la misma grada en que nosotros lo estamos ahora, y perdidos en cándidos coloquios veian asomar la luna en el horizonte, veian nacer las estrellas en el firmamento.

La zagala que pasaba junto á ellos presentaba á Sofia los quesos mas frescos de su ganado, y el anciano pastor que desde el monte los columbraba, los bendecia en silencio, porque la caridad de aquellos jóvenes habia librado de la miseria en la estacion de las nieves á él, á su mujer y á sus hijos.

De este modo se deslizó algun tiempo: Arturo cantaba por la noche al son de su laud sus tiernos amores; los aldeanos abrian las ventanas para escuchar mejor la celeste melodia de su voz, y todos pensaban en el pronto enlace de los dos jóvenes.

El tio de Sofia toleraba con gusto este rumor, y á D. Nuño le agradaba sobremanera aquella especie.

Hé aquí, ni mas ni menos, la vida que disfrutaban nuestros jóvenes cuando Arturo se aproximaba á los veinte años y Sofia á los diez y ocho, que es el punto en que corté mi narracion para enterar á V. de los pormenores del castillo.

—Es verdad, le dije yo; continúe V., que me interesa el cuento.

—Escuche V., prosiguió mi compañero, y prepárese V. á sentir, porque nosotros, que hemos gozado con ellos, justo es que con ellos tambien sintamos.

—Pues qué, ¿se les cambió la suerte? le pregunté.

—Nada hay duradero en este mundo, y la felicidad de aquellos jóvenes desapareció como el sol des-

aparece por la noche de los campos que ha alumbrado con su luz durante el día.

—Pues continúe V. la relacion, repliqué.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Las primeras violetas han esparcido ya su precioso aroma, las hemos buscado, las hemos cogido, y nos han hecho agradable compañía. Sin embargo, la reaparicion de estas bellas precursoras de la primavera no nos ha dado ninguna luz acerca de las *toilettes* erigidas en su honor, y entre la sociedad elegante se pregunta todo el mundo: ¿qué se llevará? La misma moda nada sabe aun. El tiempo varia, y tambien ella. La coqueteria hace sus preparativos de elegancia, y debuta con enormes cantidades de Chantilly y de guipure negros. Es necesario advertir que es el Chantilly artístico admirablemente floreado de dibujos nuevos, reproduciendo varios puntos de encaje. Pero el éxito con que cuenta la moda, y con razon, es una serie de puntas de mantilla española, de cuellos napolitanos, de rotonda y albornoces de encaje Lama-Camayeux.

En medio de todo esto, los sombreros se dan cierto aire de importancia primaveral. El crespon reemplaza al terciopelo. Hé aquí algunos que brillan y tienen mucho prestigio, sobre todo para teatro.

Uno de crespon blanco, enteramente bordeado de tréboles de felpilla blanca, dejando descender dos gotas de rocío en cristal. En el interior, lazo de terciopelo lengüeado, de donde se escapa un cometa de nácar con penacho de vidrio hilado.

Otro de crespon gris perla, bordado de estrellas nacaradas. Un fleco Tom-Pouce en perlas brillantes, rodea el borde del sombrero y del bavolet. Una mazorca de brezo en plumas gris perla, enteramente humedecida de perlas de cristal formandó rocío, es el único adorno de este sombrero tan agradable como un resplandor de luna.

Una capota de crespon Violeta, forma de caracol, adornada de tres cintas de igual tinta, con el borde

escoceés de diversos matices, formando travesaño sobre el fondo, que viene á sujetar una enorme col de cinta picada. En el interior, ramas de jacintos.

Se pretende que se suprimirán los cuerpos de vestido, y en su lugar se colocarán este verano los lindos talles en trajes de tafetan, cimbreados á los mismos, con cabos tirados hácia atras.

Tambien es cuestion de volver á tomar los trajes de nuestras madres, con el cuerpo cruzado y la falda cerrada en redingote.

Para la primavera debutarán los trajes en terciopelo epinglé, gris perla, gris avellana, y gris yerba-doncella.

Bien hubiéramos querido pasar en silencio los proyectos de la moda, pero la indiscrecion es el placer de las croniquistas. No obstante, nada decimos de las actualidades primaverales que deben florecer cuando las lilas; las primorosas cintas, las admirables franjas y los pequeños *Increibles* que hemos de ver. ¿Qué se entiende por *Increibles*? Si todo lo digo no gozareis del placer de la sorpresa. La villa de Lyon prepara muchas. Los adornos entreverados, fantásticos y bizarros para entenderse con los nuevos tejidos de primavera. Algunos parecen llegados del pais de los mohicanos; otros del purpúreo cielo de las bayaderas.

El colorido: hé aquí el clamor de la moda.

Los foulards siguen el impulso de la fantasia, y se presentan en matices maiz, vapor, ladrillo de Pompeya, etc.

Algunas disposiciones etruscas tienen enteramente el género Campana. Citemos ademas las ramas de coral negro, encarnado, blanco y violeta, sobre fondo vapor, maiz, gris perla, azul imperial, violeta puro, gris moda y yerba doncella; una serie de grises nuevos y de yerba-doncella nuevo, con una lluvia d'I describiendo un ligerísimo dibujo sumamente original y distinguido.

Los foulards con sembrado de menudas conchas de color sobre fondo opuesto.

Los foulards Pekin con anchas bandas alternando de dos colores diferentes, ó reproduciéndose á manera de camafeos.

Los foulards con lluvia de pétalos separados por el viento.

Los foulards con botones de rosa de todos colores.

Tales son las primeras ediciones en este tejido.

Cuando todas ellas se despliegan muellemente matizadas de mil colores ante la brillante claridad que tanto les favorece, representan la ilusión de un baile de bayaderas.

Sobre todos estos matices, fuertemente coloreados, y como si dijéramos ya mejicanos, españoles, orientales ó chinos, las elegantes colocarán un albornoz ó rotonda ó punta en encaje de *yak*, que tamiará cual niebla nacarada lo que el etrusco y la púrpura puedan tener de extraño.

La lencería se trasforma cada vez mas.

Con las mangas de hombre no puede desplegarse en toda su encantadora coquetería, pero se ostenta en valonas y puños como en tiempo de nuestros padres. Por esta razón, los cuerpos serán abiertos y las mangas hendidas por el lado.

No sé si hemos citado alguna vez el traje Montspan en encaje negro ó blanco con cabos detras y vuelta sobre el pecho; y el fichú Luis XIII, de tul blonda á florecitas, con anchos medallones de Chantilly formando feston alrededor.

Pero lo que impulsa á caer en la tentación, son los cuerpos de muselina adornados de entredoses de Valenciennes.

Quien dice moda dice capricho, y quien dice capricho dice pañuelo.

Segun Alfonso Karr, deberíamos avergonzarnos de él y no enseñarlo nunca. Pero entonces, ¿con qué se ocultaría mil veces un súbito carmin que colora la frente de una bella cuando escucha á *sotto-voce* cosas que no puede repetir en alta voz? El pañuelo de encaje es el confidente de una declaración ó de un homenaje; tal vez sea vanidad; pero, ¿no es todo vanidad en la *toilette*... y en la vida? Id, pues, derechitas las elegantes que os complacéis en sujetar con vuestras delicadas manos un caballo, á buscar el pañuelo *amazona* y el *sportman*. Ambos son de batista cruda con fleco de color, y se perfuman con el ramillete del mundo elegante de Delettnez.

Hé aquí una perfumería que obliga por la superioridad de sus productos, que han conquistado uno de los primeros rangos en el aprecio de la aristocracia masculina y femenina.

El primero es la leche de cacao que adoptan todas las coquetas para borrar las manchas de su rostro encantador. Despues sigue la perfumería á *l'Ess-violette*, que es la violeta de las violetas de Oriente. La crema imperial, pomada superior, como el nombre que lleva. La crema de los lirios del valle, que permanece azucena sobre el rostro y los hombros. El ramillete de flores del campo, y una colección de jabones de violeta de Oriente, de jugo de lechuga, y ¿quién sabe? Tambien os señalo el estuche misterioso que contiene todo lo necesario para volverse blanca y sonrosada, en una palabra, para ser bella. ¿Es acaso un crimen el no dejarse envejecer? No; es mas bien una concesion que se hace á la sociedad que solo cree en la juventud.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,097.

Primera figura. Vestido enteramente liso de seda gris. Paletot de piqué de seda con adornos de pasamanería. Sombrero blanco adornado con flores y blondas.

Segunda figura. Traje de niña. Vestido de seda con adornos en la falda figurando solapas con una cinta encañonada, entre las cuales va un cruzado de cintas; ademas lleva de trecho en trecho bordados de felpilla. Cuerpo suizo, compuesto de cinturón y tirantes, adornados los bordes por un encañonado de cinta, y bordados por el mismo estilo que la falda. Camiseta de batista, sombrero de terciopelo negro con plumas y flores. Botas de seda con puntas de charol.

ADVERTENCIA.

Con este número recibirán nuestras suscriptoras una elegante portada para *La Pastora del Guadiela*.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



Miller. Lacour.

Mme. Imp. r. S. Louis en l'Île. 90. Paris

1097

LES MODES PARISIENNES

